

Capítulo

1

Anda pisando la tierra.

Monseñor Gallagher miró al fondo de los ojos de su asistente, el padre Mathias. Aunque tenía dificultades para respirar, sus palabras brotaron con perfecta claridad.

De más de ochenta años, el viejo sacerdote yacía en un sillón de la iglesia de East Acton, Massachusetts, en donde había servido con fidelidad durante casi sesenta años. Su rostro era una telaraña de arrugas y su cuerpo una insustanciosa reliquia de lo que una vez había sido un organismo fuerte y vigoroso. Pero su voz no daba señales de envejecimiento.

—Anda pisando la tierra —repitió, pero con la sorpresa sorprendente, esta vez, sus delicadas facciones.

El padre Mathias acababa de sacar al sacerdote del confesionario, en donde había sufrido un colapso en medio de la resolución de la señora Connelly, es decir, de sus hábitos religiosos insustanciales. La señora Connelly permaneció momentáneamente enmudecida por el miedo de que su confesión pudiera haber provocado lo que parecía un ataque al corazón o una embolia. El padre Mathias secó las gotas de sudor de la frente de monseñor con el dorso de la mano, a

ándole que la ayuda ya estaba en camino, y que todo
n. Afuera, cada vez sonaba más fuerte la sirena de una
ancia que se acercaba.

La señora Connelly se mantuvo a distancia después
er corrido en busca del padre Mathias, que estaba e
oría, para decirle que monseñor Gallagher parecía haber
uesto enfermo y se había caído y quizá lastimado. Al s
golpe le había seguido el silencio, y cuando le pregunt
ncontraba bien no hubo respuesta.

—Monseñor estuvo tanto tiempo con ese muchacho
murmuró la mujer, tanto para sí como para quien quis
a—. Tal vez el calor lo afectó. Esas cortinas tan pesa
viden la entrada de cualquier brisa. No puedo imaginar
tenía que confesar durante tanto tiempo ese joven, p
vo horas. A mí se me corta el aliento cuando paso allí u
ntos. Y monseñor, después de todo, ya está entrando
s.

El padre Mathias alzó la vista.

—¿Qué joven?

La señora Connelly, interrumpida de pronto en su r
ogo, se dio un momento para recuperarse.

—La persona que confesaba antes que yo... un hom
en... Bueno, tirando a joven... Veintitantos, diría... M
or se pondrá bien, ¿verdad?

—¿Estuvieron horas, dice usted?

—Bueno, tal vez no estuvieran horas. Pero sí cuare
nco o cincuenta minutos, por lo menos. Miré mi re
ando el joven se fue por fin, entré y recité la oración
o de contrición, pero no escuché respuesta. Después c
pe y me di cuenta de que monseñor Gallagher había ca
e había golpeado la cabeza con algo... ¡Lo quería tan
re Mathias!

—Lo quiere. Monseñor Gallagher está aún con nosotros, señora Connelly.

—Ah, sí. Por supuesto que sí. Gracias a Dios...

Junto a la entrada de Nuestra Señora de la Luz Perpetua, la ambulancia frenó estrepitosamente hasta detenerse, y un tipo de personal sanitario irrumpió en la nave de la iglesia y colocó a monseñor en una camilla.

—Debe de haber sido el calor. —La señora Connelly se dirigía a nadie en particular—. Ese confesonario es más caliente que un horno.

—Disculpe, señora. —Uno de los paramédicos la apartó un poco, mientras maniobraban con la camilla por la nave del templo. La respiración del anciano era irregular, pero no había señales de dolor físico en su rostro. Por el contrario, el padre Mathias mientras los seguía, sus facciones mostraban una extraña paz.

Los paramédicos introdujeron la camilla en la ambulancia y el padre Mathias se preparó para subirse junto a su motor.

Antes de que las puertas se cerraran, la señora Connelly se asomó de una manga.

—El golpe de calor no es serio, ¿verdad?

—No, señora Connelly. Monseñor se recuperará pronto. Pero dígame una cosa. ¿Sabe quién es ese joven? ¿Lo reconoció?

—Nunca lo había visto. No es de esta parroquia, de eso estoy segura.

—¿Y seguro que estuvo en el confesonario cerca de las tres?

—Estoy segura de ello. Miré el reloj varias veces, por eso cansaba de esperar. Incluso pensé en ir a casa y volver más tarde. ¿Qué puede haber tenido que confesar?, me pregunté.

ecía ser un joven muy agradable. Me sonrió cuando se
a sonrisa encantadora. Como si nos conociéramos de t
ida. Nunca la olvidaré.

Las puertas de la ambulancia se cerraron y el vehíc
rapó sobre la grava de la entrada, levantando una nube
vo que envolvió a la señora Connelly. La mujer había
o de hablar y estaba agitando un pañuelo en el aire, co
onseñor estuviera a punto de zarpar para un largo via
se hubiera quedado, sin que nadie se percatara de e
olada en el muelle.